HANS CHRISTIAN ANDERSEN, VIAJERO EN GRANADA

Granada es una de esas ciudades que parecen haber nacido para ser pintadas, contadas y cantadas. Artistas y escritores de todos los tiempos y países se han sentido fascinados por su historia y conmovidos por su paisaje encontrando en ello fuente inagotable de inspiración.

A lo largo del siglo XIX, una pléyade de escritores y artistas, llenos de fervor romántico, acuden a Granada ganados por su embrujo, atraídos por su aire de vago ensueño, de lejanías moras y cristianas. A la sombra de sus monumentos que han visto pasar los siglos, irán recreando todo un mundo de fantasías y misterios, de suerte que, Granada, debe a la literatura romántica gran parte de su universalidad.

Dentro de ese ciclo se inscribe el viaje realizado por España, en 1862, por Hans Christian Andersen (1805-1875), el danés universal que alegró nuestras horas juveniles con la magia de sus cuentos. Su relato, uno de los menos conocidos, no obstante su interés, fue editado en España en 1988[1]. Posteriormente, en 1991, se hizo una nueva edición pero sólo de una parte del mismo[2].

Fue en su Fionia natal, siendo niño, cuando Andersen tuvo su primera visión de España, por mediación de un soldado español, perteneciente al regimiento Zamora, mandado por el marqués de la Romana, que formaba parte de los efectivos

(1) ANDERSEN, Hans Christian: *Viaje por España*. Edt. Alianza Editorial. Madrid, 1988.
(2) ANDERSEN, Hans Christian: *Viaje por España, de Granada a Cádiz*. Editado con autorización de la Editorial Anaya, para la biblioteca del periódico El Sol. 1992.

militares que España había puesto a disposición de Napoleón para luchar contra Suecia. Fue una impresión que no olvidaría nunca y que le gustaba recordar a la menor ocasión, tal y como hace durante su visita a Granada cuando relata un encuentro con una joven granadina en la Alameda vieja: *Yo le expliqué que venía de muy al norte, de Dinamarca, donde una vez estuvieron los españoles, a quienes nosotros cogimos cariño. Entonces era yo un niño, le dige, un soldado español me cogió en brazos y me apretó una medalla contra los labios, y ese es mi recuerdo más temprano, tenía yo tres años*[3].

Procedente de Málaga, Andersen llegó a Granada el día seis de octubre de 1862, mientras la ciudad se preparaba para recibir a Isabel II, que llegaría tres días después. El relato de su estancia en Granada constituye un documento de primera mano para el conocimiento de la ciudad y las costumbres de sus habitantes, en la segunda mitad del siglo XIX. No obstante hay un error que posiblemente sea de traducción: En el relato nos dice que: *Fue el jueves, nueve de noviembre, cuando la reina, por primera vez, hizo su entrada en Granada*[4]. La visita tuvo lugar ese mismo día pero en octubre; confirma el error el propio Andersen cuando afirma: *La tarde del martes ventiuno de octubre abandonamos Granada*[5], por lo que difícilmente podría haber presenciado la visita de la reina si hubiera tenido lugar en noviembre.

Otro error, éste si de traducción, es el que se comete al corregir la ortografía del nombre de la plaza de Bibarrambla, que Andersen escribe Bivarrambla y la traductora cambia por Vivarrambla, haciéndolo constar en nota a pié de página[6].

Si visitar España fue un sueño largamente acariciado por Andersen desde los años juveniles, la visita a Granada significaba el punto culminante de ese sueño. *Granada, al igual que Roma, ha sido para mi una de las ciudades más interesantes del mundo*[7]. Una ciudad que le hará vivir en la realidad los mundos creados por su fantasía: *El luminoso día de sol se transformaba en fulgor de ocaso, y ya convertíase Granada en una ciudad de cuento: estábamos en el mundo de hadas de* Las mil y una noches[8]. Son algunos de los comentarios que hace sobre la ciudad más hermosa de *ese país mágico tras los altos Pirineos.*

En los dieciséis días que duró su estancia en Granada, Andersen, llegó a conocer la ciudad perfectamente, empapándose de todo el tipismo que su imaginación necesitaba. Era la curiosidad propia de un creador de mundos fantásticos que

(3) Viaje por España. *Ob. cit.*, págs. III y 112.
(4) Ob. cit., pág. 107.
(5) Ob. cit., pág. 130.
(6) Ob. cit., pág. 108.
(7) Ob. cit., pág. 113.
(8) Ob. cit., pág. 109.

encuentra ante sus ojos una realidad que supera su fantasía. Espoleado por su fīna sensibilidad aprendió su historia y conoció sus tradiciones, llegando a visitar esos rincones que muchos granadinos ignoran y que constituyen las señas de identidad más notables de nuestra ciudad.

De todos los monumentos visitados por Andersen, dejando a un lado la Alhambra, que como él mismo confiesa, eran la meta de su viaje, destaca la impresión que le produjo el monasterio de la Cartuja, joya del barroco granadino, donde quedó sorprendido ante el realismo de la cruz pintada por Fray Juan Sánchez Cotán, que puede admirarse en el refectorio: *De todo el esplendor de la Cartuja sólo me quedó vivamente grabado en la memoria el recuerdo de una Cruz pintada en la blanca pared de una de las salas del monasterio; era imposible ver que solamente estaba pintada, no tuve más remedio que fiarme de las palabras del religioso y no de mis propios ojos, pues éstos me decían: en realidad se trata de una cruz colgada*[9].

No todo fueron venturas en su viaje, en el terreno personal, Andersen, sufrió más de una desilusión, acostumbrado a ser reconocido y saludado como autor famoso en cuantos países visitaba, en España no encontró esa admiración que tanto le hubiera satisfecho. Andersen era un desconocido para la gran mayoría de intelectuales españoles y su obra casi desconocida. Su vanidad se vió mortificada precisamente en el país donde más le hubiera gustado triunfar, su amor por España resultó un amor no correspondido. Mucho debieron dolerle las desatenciones sufridas, sobre todo en Granada, ya que pese a lo discreto que se muestra a la hora de exteriorizar sus desengaños, no puede menos que hacer esta dolorida confesión: *mis recuerdos de Granada encierran más amargura que dulzor. Falta de consideración y no necesariamente mala intención enturbia el manantial cristalino del que hemos de beber*[10]. Con la generosidad del genio comprende y perdona; la buena y sencilla gente, entre la que siempre fue bien recibido, seguro que le compensarían las desatenciones oficiales.

Adolfo Martínez Ruiz

(9) Ob. cit., pág. 125.
(10) Ob. cit., pág. 107.